

buscando en su larga fila, con ansiedad que iba en aumento á medida que iba recibiendo desengaños, á la amada de su corazón, á aquella de quien habia recibido los primeros juramentos de amor y de ternura.

Ay! la larga procesion desfiló por delante de él sin que pasara su amada.

Desde aquel instante sus ojos dejaron de vagar para cobrar una especie de fijeza vidriosa; su corazón dejó de dar los latidos fuertes y extraordinarios que hasta entonces habia sentido, para darlos solo débiles y ténues como si su sangre toda se hubiese retirado; su cabeza empezó á arder de una manera devoradora.....

Últimamente, llegó, conducida por el *cultarius*, la vaca negra que era costumbre sacrificar á Proserpina antes que las dos jóvenes, y detrás de este grupo, entre varias matronas, todos los circunstantes pudieron ver marchar las dos doncellas elejidas por la suerte, vestidas con una toga blanca y puesto el *flammeum* ó largo velo de color de fuego, ceñido á su frente por una corona de laurel en forma de diadema.

Un grito, un grito horroroso que acababa de dar uno de los espectadores hizo volver á todos la cabeza.

Era Cornelio que habia reconocido á Sextilia en una de las dos víctimas destinadas al sacrificio.

Los patricios amigos del jóven que, sabedores de sus amores, conocieron al momento la causa de aquella desesperacion súbita, quisieron arrancarle de allí arrancándole al mismo tiempo del borde del abismo á donde iba tal vez á colocarle su delirio, pero en vano le cojieron y le arrastraron fuera del grupo; Cornelio que habia resistido con todas sus fuerzas, pudo por fin librarse, y penetrando por entre las filas de curiosos, logró alcanzar á su amada que dulce y resignada subia ya las gradas del templo.

Al llegar á ella, cojióla fuertemente del brazo y por un movimiento repentino la puso trás de sí como si tratara de ocultarla á las miradas todas.

—Cornelio! Cornelio! — exclamó con voz suave la hermosa hija del cuestor de Palos, — te pierdes sin salvarme. Retírate Cornelio!

El romano en lugar de responder, empezó á rechinar los dientes y á pasear su mirada por toda aquella multitud, asombrada de su audacia, como desafiando á cualquiera que se acercase para robarle su querida. La posición del jóven era orgullosa y altanera, su rostro estaba salvaje de ira, sus puños crispados prontos á caer como dos martillos de hierro sobre el imprudente que tuviera el primero la temeridad de aproximársele.

—Cornelio! Cornelio! volvió á repetir la voz de Sextilia ya entonces im-

pregnada de sollozos. — Te pierdes! Abandóname á mi suerte. Los dioses lo quieren y yo muero contenta puesto que mi sacrificio les es grato.

— Oh! no, no, — dijo entonces el jóven suavizando para hablarla y contemplarla su voz y su mirada, — tú no irás ó iremos entrambos. Juntos hemos soñado en un porvenir de amores, juntos hemos de alcanzarlo ó morir debemos juntos.

Y en esto, el pueblo que sorprendido como un solo hombre de aquella osadía inaudita, como un solo hombre habíase quedado un momento petrificado, ya en esto, decimos, el pueblo vuelto en sí empezaba á dejar oír un acusador murmullo que iba aumentándose por grados, que iba tal vez á trocarse pronto en gritos contra el sacrilego que osaba interrumpir la sagrada ceremonia atreviéndose á poner la mano sobre una doncella que, desde el momento en que habia sido elejida, pertenecia irrevocablemente al ara de Proserpina.

Al notar el murmullo del pueblo, el romano que tenia fija su vista en Sextilia, volvió repentinamente la cabeza, y tal ferocidad ó tal espresion de odio salvaje hubo de pintarse en su rostro, que los que estaban mas cerca de él retrocedieron aterrados.

— Ciudadanos, — gritó Cornelio con voz ronca, — antes de pertenecer á los dioses esta jóven me pertenecia á mí, es mi desposada; yo la arranco es verdad del pié de los altares á donde bárbaramente se la quiere conducir, pero en cambio, puesto que robo una víctima á Proserpina, la ofrezco y prometo solemnemente cien vacas negras como la noche que podrán ser sacrificadas mañana mismo, y esta tarde mi intendente repartirá entre el pueblo seis mil sestercios para que pueda alegremente disfrutar las fiestas. Así lo prometo ciudadanos, yo, Cornelio, caballero de Palos, y así cumplir lo juro por Júpiter padre de los dioses y los hombres!

Un murmullo que tenia parte de aprobacion y de reprobacion acojió estas palabras, y los patricios amigos de Cornelio, aprovechando aquel instante de suspension que en el pueblo motivaron sus palabras, trataban ya de abrir un paso entre aquel mar humano por donde pudiera escapar el jóven con su amada, cuando se presentó repentinamente un aurúspice en la puerta del templo empuñando su mano el sagrado *lituus* ó baston encorvado.

— Qué es eso? — dijo el sacerdote con voz altiva y orgulloso continente — quién á interrumpir se atreve la santa ceremonia? quién osa dirigir su voz al pueblo desde las gradas del templo de Proserpina? Qué quiere ese hombre y porqué pone una mano audaz sobre una doncella consagrada al sacrificio?..

Cornelio miró cara á cara al sacerdote, y sus ojos se inyectaron de sangre, un torbellino de cólera cruzó su frente y tuvo por un momento la idea de arrojarle sobre él y despedazarle como una fiera. Contúvole sin embargo por una parte el respeto innato que sentía su corazón hácia los ministros de su religiosa creencia, por otra el temor de perder con la violencia el terreno que pudieran hacerle adelantar sus ofertas. Sosegó pues su espíritu irritado, tranquilizó en cuanto pudo su ánimo y moderó todo lo que le fué posible su voz para decirle:

— Sacerdote, soy yo, Cayo Cornelio, caballero de Palos. Pésame en verdad haber interrumpido la ceremonia sagrada — y diciendo esto el jóven se esforzaba en dar á su voz y tono una humildad que no tenía su continente, — pero es que veía conducir al pié de las aras á mi desposada, y mi alma se ha rebelado contra ello. Perdóname, sacerdote, y en cambio de mi Sextilia que me llevo, yo te enviaré esta tarde cien vacas negras sin mancha de ninguna clase, como quiere Proserpina que sean las que le sacrifiquen en sus altares.

El aurúspice se puso encarnado de cólera, sus ojos giraron espantosamente en sus órbitas como si quisieran saltar de su sitio, su boca dejó escapar una especie de sordo gruñido como si la ira no le permitiera romper el habla. Al mismo tiempo dió un paso y levantó al cielo sus brazos con los puños apretados, enarbolando con la mano derecha el reverenciado *lituus*. En aquel momento los *flamines* se taparon el rostro con su *galerus* ó toca blanca, al mismo instante que los demas sacerdotes lo ocultaban con su velo color de llama, y que el pueblo bajaba la cabeza y se cubria los ojos con las manos, porque al ver la actitud del aurúspice y al verle sobre todo tremolar en alto el *lituus*, todos conocieron que iba á lanzar una imprecación contra el impío.

Sextilia cayó entonces de rodillas murmurando:

— Ay! perdido! perdido!

Y rompió en sollozos que dominaron el imponente silencio que de pronto reinó en toda la multitud.

En medio de todo aquel silencio de muerte sucedido como por encanto á los murmullos, el aurúspice dió otro paso hácia Cornelio que, aterrado él mismo, miró al ministro del porvenir y quiso murmurar:

— Óyeme, sacerdote.....

La voz de este vibrando sonora le impidió proseguir.

— Atrás, atrás el impío! — gritó el aurúspice; — atrás el sacrilego que osa convertir el templo en un mercado y quiere llevarse á una víctima destinada al ara, ofreciendo mentidamente en cambio cien vacas negras como no las hay

en toda la comarca! En nombre de Júpiter padre de los dioses y los hombres, yo condeno al profano, yo invito al pueblo á que le trate como enemigo, á que rasgue sus vestiduras, á que le arroje de sus casas, á que le despedaze como á un tigre rabioso para que, despues de su muerte, puedan las furias recibirle y torturarle como marcado con el sello de la reprobación de los dioses y los hombres!

Dijo, y bajó su *lituus*.

Entonces el pueblo lanzó una especie de rugido y se movió como una gruesa serpiente que desenrosca sus monstruosos anillos. La maldición del sacerdote sobre Cornelio parecia haber tenido el don de trocar en fieras á todos los hombres, porque todos los rostros se volvieron hácia él espantosos de cólera y todos los puños crispados le amenazaron. Algunos mas atrevidos hicieron ademán de arrojarle sobre el hombre que entregaban á su saña los dioses por la voz del sacerdote, y á este movimiento, Sextilia, la infeliz Sextilia, causa involuntaria de todo, se arrastró arrodillada como se hallaba hasta ponerse delante de su amado, y estendiendo los brazos y dirigiendo á todos miradas suplicantes á través de las lágrimas que brotaban de sus ojos, exclamó:

— Perdon! perdon!

No dijo nada mas, pero su voz era tan dulce al pronunciar estas palabras, su desesperación tan elocuente, sus lágrimas tan conmovedoras, su actitud tan desolada, que los que mas cerca se hallaban de las gradas detuviéronse como vacilando ante aquella virgen que á tan sublime y al mismo tiempo desgarrador desconsuelo se habia entregado.

En el interin, al primer movimiento de las masas populares, todos los patricios decididos por su amistad á Cornelio, que era de todos querido y amado, corrieron por un impulso natural á ponerse á su lado y, arrostrando la maldición del sacerdote que podia envolverles, se manifestaron dispuestos á defender á su amigo y á rechazar el ataque del pueblo.

En cuanto al jóven caballero, si bien habia inclinado la cabeza ante la maldición del sacerdote que le heria como un rayo, la levantó imponente y orgullosa desde el momento en que el rugido del pueblo le indicó la proximidad del peligro como se la revela al viagero extraviado el gruñido cercano de una fiera. Cruzárase pues de brazos, y en una altanera posición, que descubria todo el valor y toda la superioridad de su alma, esperó tranquilo é indomable á que se le acercaran los mas audaces.

Las palabras del sacerdote iban á promover un conflicto general, iban á motivar que aquellos hombres se arrojaran unos contra otros, allí mismo, al

pié del templo cuyas gradas iban tal vez á ser ensangrentadas con docenas de víctimas.

Los mas decididos del pueblo, los que habian dado la señal de arrojarse contra Cornelio, empezaron á mirarse unos á otros como avergonzados de que fuera bastante á detenerles el dolor de una débil muger, el llanto de una infeliz doncella, y volviendo en sí de su admiracion y de su pasmo buscaron en los ojos unos de otros la fiereza que les habia abandonado, y decidieron como de comun acuerdo precipitarse venciendo todos los obstáculos.

Iban á hacerlo.... Un momento mas y la lucha se trababa.

Entonces, en aquel instante supremo, en aquel breve instante de combate para todos los corazones y de fiebre para todo un pueblo, un hombre se adelantó apartando los grupos sin esfuerzo como corta la quilla de un buque las moles de agua de una mar irritada, y fué á colocarse en el espacio que mediaba entre Cornelio y el populacho, es decir entre la víctima y los verdugos.

La súbita aparicion de aquel hombre dejó suspensos á todos.

Era un anciano; su barba blanca le caia hasta la cintura, sus ojos despedían tibios y dulces rayos, su calva venerable infundía cierto irresistible respeto, vestía una especie de saco atado á su cintura por una cuerda, y apoyaba sus débiles pasos y su talla encorvada con un cayado.

Si los ojos de todos pintaron la estrañeza, los de Cornelio solo la sorpresa.

Era que le habia reconocido, y por esto murmuró dando un paso atrás como admirado:

— Es el anciano, Sextilia, es el anciano!

El recién llegado se paró como hemos dicho en el espacio vacío y empezó á pasear la mirada por todos lados. Cuando vió á todos aquellos hombres que le miraban como sorprendidos, entonces alzó su voz.

Era una voz dulce y simpática como sus facciones, como su aspecto todo.

— El reinado de la paz y de la libertad se acerca, — murmuró; — deponed vuestros odios, despojaos de vuestros deseos de venganza como arrojais el traje manchado con que habeis asistido á una orjía. Hombres, hombres, miserables gusanos de la tierra, pobres orugas del mundo, no eleveis tan alto la voz de vuestras discordias por miedo de despertar la cólera del cielo. Hombres, hombres, sois todos enemigos y debierais ser todos hermanos.

El viejo se detuvo como para tomar aliento. Su voz habia conmovido al pueblo, su acento inspirado habia parecido despertar ciertas fibras en el corazón de todos. Nadie le entendía pero todos le escuchaban. Hubiérase dicho que

llevaba consigo algun encanto oculto que infundía contra voluntad el respeto y obligaba á sentirse á cada uno lleno de admiracion ante aquel hombre.

Sin embargo, el aurúspice, el sacerdote mismo que habia arrojado su poderosa maldicion sobre la frente de Cornelio, se adelantó y le dijo:

— Quién eres tú, viejo? á qué vienes á mezclarte en nuestros actos?

El anciano le miró y contestóle sin abandonar su acento suave y persuasivo.

— Soy un discípulo de aquel que ha espirado sobre la cruz muriendo por salvar al género humano; soy un siervo del que ha dicho: « Los dioses que adorais son falsos dioses, no hay mas que un Dios único y todopoderoso que ha creado el mundo, y este Dios es mi Padre porque yo soy el Mesías que os ha sido prometido por las Escrituras. »

La voz del viejo vibraba dulce y solemne al pronunciar estas palabras.

— Un cristiano! — murmuró el sacerdote de Júpiter retrocediendo.

— Sí, un cristiano, un cristiano que viene á sorprenderos en el seno de vuestras criminales ceremonias y que os dice á todos: Desgarrad la venda que ciega vuestros ojos, ved el abismo que se abre ante vuestras plantas, dejad de adorar á vuestros dioses de barro y de bañar sus aras con arroyos de sangre inocente; prosternaos solo ante el Dios único y grande; ante el ser infinitamente poderoso que reprueba vuestros groseros misterios, vuestros inicuos asesinatos, vuestras degradantes orjías. Mirad sino; Dios, el verdadero Dios ha tendido las nubes sobre ese cielo por la mañana puro y transparente, como arrojando un velo entre sus ojos y vuestros delitos. Mirad sino; Dios, el verdadero Dios, es el que guía con su dedo aquella nube negra que asoma en el horizonte y que avanza preñada del rayo y del trueno que lanzará sobre vuestras cabezas para haceros comprender su poderío.

En efecto, el cielo se habia ido poco á poco encapotando, poco á poco cubriendo de espantosas y negras nubes. El sol habia desaparecido escondiendo sus rayos de oro; las aves, llenas de tristeza, no cantaban posadas en los árboles de la vecina selva; el viento silvaba lúgubrememente en el espacio; una luz de tempestad iluminábalo todo con sus siniestros resplandores.

El pueblo parecia aterrado y sin saber porque, no acertaba á levantar la voz contra aquel anciano que en presencia de todos maldecía á sus dioses; la hermosa Sextilia, de rodillas, detenidas las lágrimas como un hilo de perlas al borde de sus ojos, miraba al anciano y le oía y su voz le era dulce y grata; Cornelio y los patricios escuchaban todos con admiracion; los sacerdotes, como sobrecojidos de un vago estupor, se miraban unos á otros sin atreverse á man-

dar castigar al atrevido, y por fin, los liectores, inclinadas sus haces, parecían cambiados en figuras de piedra.

Aquello era incomprendible.

Quién detenía á aquellos hombres prontos hacia un momento, á desencadenarse como un tropel de lobos sobre un cordero? quién les habia hecho cambiar sus amenazas en respeto? quién hacia enmudecer á aquellos sacerdotes? quién tenia suspenso á todo aquel pueblo?

Un anciano solo habia obrado aquel prodigio.

Pero quién era aquel anciano, qué poder de encantos le rodeaba, qué fuerzas misteriosas le prestaban socorro y secreto auxilio para ligar con una invisible cadena todos los brazos, para tapar con una invisible mordaza todas las bocas?

Ay! ningún encanto, ningún poder mágico, ninguna misteriosa fuerza.

Era solo un cristiano y hablaba de Dios.

Esta era toda su hechicería, toda su magia.

Luego que hubo pronunciado sus últimas palabras, el anciano cayó de rodillas exclamando:

— Señor, Señor Dios de los cielos y la tierra, Señor Dios de los ejércitos, Señor de todo lo criado, tú que has permitido que tu Hijo divino muriese en cruz ignominiosa para redimir á los hombres, tú que tienes á tu disposición el trueno y el rayo, mira con ojos compasivos á toda esa multitud de incrédulos, abre sus ojos á la fé, tú que abres paso á los torrentes por entre las montañas para que precipiten sus espumosas cataratas, rasga las vendas que cubren su vista como rasga las nubes el rayo, y haz que nazcan á la luz para que nazca al mismo tiempo su corazón á la paz, á la libertad y á la misericordia. Un prodigio, Señor Dios, tu siervo te lo pide! Un prodigio que les muestre tu divino poder, la inmensidad de tu grandeza! Un prodigio, Señor, como el que hiciste por Moisés en el desierto, como el que tu Hijo magnánimo hizo por Pedro en el lago, un prodigio por tu siervo que pueda probar tu omnipotencia á toda esa muchedumbre de incrédulos aquí reunidos para sus torpes y sangrientas ceremonias, y tu humilde siervo, Señor, acabará sus días en la penitencia mas austera para ganar la gloria de tu supremo cielo!

A todo esto, el pueblo miraba con asombro cada vez mas creciente á aquel hombre que, hundida la frente en el polvo, imploraba con sentidas palabras la omnipotencia de su Dios.

En aquel instante la nube que el anciano designara se habia ido acercando y se paró sobre el templo estendiéndose como una gran mancha negra sobre

el cielo y haciendo mas sombrío aun el color triste y melancólico que habia tomado el espacio.

Mucha parte del pueblo empezó instintivamente á temblar. Les parecia que allí iba á suceder algo, algo terrible, misterioso, nefasto.

Y es que estaba verdaderamente imponente el cielo con su color aplomado y su nube negra, el viento con sus silvidos lúgubres como los de la sierpe hambrienta, los sacerdotes con su silencio sepulcral que ellos mismos no comprendían, los soldados inmóviles con sus armas, la multitud con sus rostros en que se pintaba el estupor y el pasmo y por fin, allí, en medio de todos, de rodillas sobre el duro suelo, aquel anciano que lloraba, que gemía y que se golpeaba el pecho con los puños!

Cuadro verdaderamente grande, sublime, portentoso!

Millares de hombres sin voz, sin aliento, sin deseos ante un viejo encorvado y débil. Una manada de tigres detenida por un cordero!

No pedía el anciano un prodigio al Señor?

Pues, qué mejor prodigio?

De pronto un trueno se dejó oír, un trueno horroroso, terrible, prolongado. Otro trueno retumbó mas próximo, mas cercano, que hizo estremecer la tierra en sus cimientos, y en seguida.....

En seguida la nube abrió sus flancos negros como la noche, púdose ver en sus entrañas algo como una fragua provocando torrentes de llama, una serpiente de fuego cruzó describiendo surcos y rasgando los aires, resonó un bronco estampido, y el rayo bajó veloz de las nubes, hundiéndose en el templo derribando muertos al paso dos sacerdotes, destruyó el ara y la estatua de Proserpina, recorrió el idólatra santuario lamiendo con su lengua de fuego las paredes, y por fin se abrió paso por la bóveda destruyéndola en parte.

Todo ello fué obra de un momento.

Un clamor general se siguió, un grito de terror, de miedo, de asombro.

Toda la masa del pueblo se dispersó como si por entre ella hubiera cruzado el rayo. Los unos huían hácia el bosque, los otros hácia la villa, los otros corrían desalados por el valle, todos gritando: Prodigio! todos huyendo del fuego del cielo, evocado, no les quedaba duda, por el rezo del anciano.

Mientras tanto, mientras todos desaparecían, mientras el templo quedaba desierto de doncellas, de sacerdotes, de soldados, permaneciendo solo en él los dos cadáveres, un gran número de gente se arrojaba de rodillas junto al viejo que habia hundido su frente en el polvo llorando de gozo y balbuceando alabanzas al Señor.

Sextilia fué la primera que se arrastró de rodillas hasta donde estaba el venerable siervo de Cristo y le decia plegadas las manos :

— Cómo te llamas, anciano? Dime tu nombre para que lo bendiga!

— Siriaco, — contestó el viejo.

— Oh! Siriaco! no se me olvidará. Y dime, anciano, dime el nombre de tu Dios para que sea el mio.

— Cristo, — dijo lacónicamente el anciano.

— Cristo! Cristo! Yo quiero ser su sierva de aquí en adelante; quiero como tú conocer su omnipotencia, hacerme digna de su amor y de su cielo!

En aquel instante, Cornelio prosternándose humilde ante Siriaco, le dijo con voz dulce :

— Bendíceme, Siriaco! yo quiero ser cristiano!

Y los hombres que se habian postrado de hinojos, plegaron sus manos y alzando sus miradas al cielo exclamaron todos :

— Nosotros queremos ser cristianos!

Pocos momentos despues, la nube negra habia desaparecido y la niebla iba adelgazándose gradualmente hasta quedar como una gasa á través de la cual se veia el azul del cielo resplandeciente de luz; el templo habia quedado desierto; la multitud habíase fugado...

Solo quedaban en el valle un grupo de hombres que rezaban repitiendo las palabras del anciano.

La nueva del prodigio se estendió por toda la poblacion con la misma velocidad con que el rayo desprendido de las nubes habia derribado la estatua de Proserpina.

Muchos se presentaron en tropel á Siriaco que era un sacerdote de Sevilla demandando ser iniciados en los misterios cristianos. A todos les acojió el humilde sacerdote de Cristo, á todos les impuso en los sublimes y grandes misterios de la religion que contaba al Hijo de su Dios entre sus primeros mártires.

Siriaco pidió permiso del gobernador romano para bendecir el templo de Proserpina y consagrarlo á Jesus y á su divina Madre. Facilmente lo obtuvo. Ninguno de los idólatras sacerdotes se atrevió á influir para que se negara á los cristianos el templo del cual un rayo del cielo habia arrojado la estatua de la indigna diosa.

Siriaco, pues, consagró el templo y en él fueron celebrados los oficios divinos, en él fué conocida por vez primera en Palos la religion del sublime Crucificado.

Poco despues de haberse bendecido el templo, dos jóvenes se arrodillaban ante la cruz salvadora y pedian al Señor que protejera su enlace.

Eran Cornelio y Sextilia que habian mudado sus nombres en Pablo y María.

Siriaco unió sus manos como ya estaban unidas sus voluntades, Siriaco imploró para ellos la bendicion del eterno, y la bendicion bajó sobre ellos envuelta en la dicha y felicidad que nunca de gozar cesaron.

III.

RESÚMEN HISTÓRICO.

Los romanos, que se habian impuesto al mundo por el hierro, por el hierro desaparecieron del mundo.

Los cartagineses habian sido su capitolio, los bárbaros debian ser su roca Tarpeya.

Corria el tercer siglo cuando Roma, cara á cara con los bárbaros, tuvo que empezar esa lucha gigantesca que debia serle tan fatal, y presentar á los siglos venideros el espectáculo de un leon acorralado defendiéndose á un tiempo de todos sus enemigos, y á un tiempo arrojando el último suspiro por las abiertas bocas de cien heridas.

Los francos, los sajones, los alemanes, los godos y otros pueblos mas salvajes aun, los vándalos, los lombardos, los herulos, los hunnós, se agrupan como una muchedumbre furiosa á las fronteras del imperio. Roma se encuentra frente á frente de los godos á orillas del Danubio.